

LA QUERIDA SIMULADA

DEDICADO Á LA CONDESA CLARA MAFFEI

La señorita de Rouvre, hija única del marqués de este nombre y una de las herederas más ricas del arrabal Saint-Germain, contrajo matrimonio en septiembre de 1835 con el conde Adam Mitgislas Laginski, joven polaco, proscripto á la sazón de su tierra.

Permitaseme escribir los nombres tal como se pronuncian, para evitar que el lector tropiece con esas fortificaciones de consonantes con que la lengua eslava protege las vocales, temiendo sin duda que se escapen, dado su reducido número.

Había derrochado, ó poco menos, el marqués de Rouvre una de las fortunas más fuertes y sólidas de la nobleza, merced á la cual pudo contraer nupcias, cuando estuvo en edad de ello, con una señorita de Ronquerolles. Así pues, por la línea materna resultaba que era tío de Clementina de Rouvre el marqués de Ronquerolles y tía la señora de Sérizy. La del padre habíale proporcionado otro tío en la singular persona del caballero de Rouvre, segundón de la casa, soltero empedernido, que logró enriquecerse dedicándose á la lucrativa industria de traficar en fincas y terrenos. Tuvo el de Ronquerolles la desgracia de

ABRIL LA ALFONSO SINA
BIBLIOTECA IMPERIAL RUSIA
P A N I A

perder sus dos hijos cuando nos azotó el cólera. El único vástago de la señora de Sérizy, militar, joven de grandes esperanzas, murió en África, á raíz de lo de Macta. Las familias acomodadas se encuentran hoy expuestas á arruinar á su prole, si es numerosa, ó á correr el peligro de extinguir su descendencia en caso de no pasar de uno ó dos hijos, efecto singular que produce el código civil y en el cual no pensó desde luego Napoleón. Casualmente y á pesar de las locuras que había cometido el marqués de Rouvre por Florina, una de las actrices más simpáticas de París, Clementina vióse elevada á la condición de heredera. El marqués de Ronquerolles, diplomático hábil, colocado entre los sobresalientes de la nueva dinastía, su hermana, la señora de Sérizy, y el caballero de Rouvre propusieron salvar su patrimonio de las garras del marqués, y para ello convinieron en favorecer á su sobrina, prometiendo dotarla, el día de su casamiento, con diez mil francos de renta cada uno.

No es necesario decir que el polaco no costaba poco ni mucho, en su calidad de refugiado político, al gobierno francés. Pertenecía el conde Adam á una de las familias más antiguas é ilustres de Polonia, aliado á casas principales de Alemania, como son los Sapich, los Radziwill, los Mniszech, los Rzewuski, los Czartoryski, los Leszczinski, los Lubomirski, en suma á todos los grandes *ski* sarmatas. Pero no es ciertamente la erudición en materia de heráldica lo que distingue á la Francia de Luis Felipe, y, por tanto, tales títulos de nobleza no podrían ser recomendable para los grandes que imperaban entonces. Por otra parte, cuando Adam se presentó el año 1833 en el bulevar de los Italianos, en Frascati, en el Jockey Club, fué su vida la del joven que pierde sus ilusiones políticas y da en cambio con sus vicios y con sus deseos de gozar. Se le creyó estudiante. Debido á la odiosa reacción gubernamental que se había iniciado descendió la nacionalidad polonesa tanto cuanto los republicanos se esforzaban en que se la glorificase. La extraña lucha del Movimiento contra la Resistencia, dos palabras que serán inexplicables dentro de treinta años, fué sólo juguete de lo que debía parecerse

á todo el mundo tan digno de respeto: el nombre de una nación vencida á quien daba Francia hospitalidad y en honor de la cual organizábanse festejos y se cantaba y se bailaba, abriendo suscripciones públicas; de una nación, y está dicho todo, que cuando la discordia entre Europa y los franceses, supo ofrecer, en 1796, seis mil hombres á los últimos, ¡y qué hombres! Pero no se infiera de esto que pretenda acusar al emperador Nicolás contra Polonia, ó á Polonia contra el emperador; sería muy tonto empeño el de enfrascarse en discusiones políticas, tratando de narrar hechos interesantes y que procuro que ofrezcan alguna distracción al espíritu. Por otra parte, tan justas me parecen las pretensiones de Rusia como las de Polonia, empeñándose una en constituir la unidad de su imperio y conspirando la otra por su libertad. Digamos de paso que los polacos podían conquistar á los rusos por la influencia de sus costumbres, antes de combatirles con las armas en la mano, á imitación de la China que ha concluído por hacer chinos á los tártaros y que es de esperar que haga lo propio con los ingleses. Polonia tenía que *polonizar* á la Rusia; habíalo ensayado Poniatowski en la región menos templada del imperio; pero fué este linajado varón un rey tanto más incomprensible cuanto que no está claro que se comprendiera él á sí mismo. ¿Cómo no aborrecer á las pobres gentes que fueron causa de la horrible mentira de que se hizo gala durante la revista en que todo París pedía á voz en grito que se socorriese á Polonia? Fingióse que se consideraba á los polacos como aliados del partido republicano; sin pensar que Polonia era república aristocrática. Desde entonces agobió el vecindario con sus groseros desdenes al polaco; á quien poco antes se deificaba. El aire de un trastorno popular ha hecho que variasen siempre los parisienses de norte á mediodía, como una veleta, bajo cualquier régimen. Conviene fijarse en esos cambios de la opinión parisiense para explicar hasta qué punto podría ser calificativo irrisorio llamarle á uno polaco en 1835, tratándose del pueblo que imagina ser el más ingenioso y culto del mundo, el centro de las luces, una ciudad

que empuña hoy el cetro de la literatura y de las artes. Existen ¡ay! dos clases de polacos refugiados: el republicano, hijo de Lelewel, y el noble, del partido á cuya cabeza se coloca el príncipe Czartoryski. Son los dos bandos como el agua y el fuego: ¿pero está bien que se les guarde rencor por ello? ¿no son comunes semejantes divisiones á todos los emigrados, pertenecan á esta nación ó á la otra, y sea cual fuere el país donde se refugian? Lleva uno consigo el aire de su pueblo y sus odios. Dos curas franceses recogidos en Bruselas mostrábanse tan irreconciliables, que cuando se preguntó á uno de ellos los motivos de la enemistad, repuso señalando á su compañero de miserias: «Es un jansenista.» De muy buena gana hubiera herido de una puñalada Dante en su destierro á cualquier adversario de los Blancos. En esa invencible antipatía estriba la razón de los ataques dirigidos contra el venerable príncipe Adam Czartoryski por los radicales franceses y el disfavor con que era tratada una parte de la emigración polaca por los Césares mercachifles y los Alejandros con patente. Por eso tuvo Adam Mitgislis Laginski en contra suya, corriendo el año 1834, todas las agudezas de que es susceptible el carácter parisiense. «Aunque sea polaco no deja de ser fino»—decía de él Rastignac. «Todos esos polacos pretenden pasar por grandes señores—exclamaba Máximo de Trailles—pero éste paga las deudas que contrae en el juego, y tentaciones me dan de creer que ha sido propietario.» Sin que suene censura contra los desterrados, permítaseme observar que la ligereza, la indiferencia, la inconstancia de carácter sarmata podían disculpar las murmuraciones de los parisienses, que, por otra parte, no hicieron más ni menos que los polacos harían si se presentase de nuevo la ocasión. La aristocracia francesa, tan favorecida por los polacos aristócratas durante la revolución, no ha correspondido, cierto es, á la escapatoria forzosa de 1832. En este respecto, confesémoslo valerosamente, el barrio de San Germán es aún deudor de Polonia.

¿Era rico ó pobre el conde Adam? ¿Tratábase de un aventurero? El problema quedó durante mucho tiempo

po en pie. En todos los salones se obedeció la consigna impuesta por los diplomáticos, imitándose el silencio del emperador Nicolás que consideraba como muerto á todo consignado polaco. Las Tullerías y los que acostumbraban á regirse por su patrón dieron el más cruel ejemplo de la cualidad que se conoce entre los políticos con el dictado de prudencia. No faltó quien tratara con marcada ingratitud á un príncipe ruso, en compañía del cual se había fumado muchos cigarros durante el destierro, sólo porque parecía haber incurrido en el enojo del czar. Teniendo que habérselas con el recelo de la corte y el de la diplomacia, los polacos distinguidos vivían en la bíblica soledad de *Super flumina Babylonis* ó frecuentaban ciertos círculos que servían de campo neutral á todas las opiniones. En una ciudad como París, donde abundan los placeres y donde sobran motivos para divertirse, el carácter ligero de los polacos halló repetida ocasión, más de lo que necesitaba ciertamente, para entregarse á la vida atolondrada del soltero. Digámoslo de una vez, Adam tuvo al principio en contra suya sus modales y su figura. Hay dos tipos de polacos, como hay dos tipos de ingleses. Cuando una inglesa no es muy bella, resulta siempre horrorosa, y el conde Adam estaba en la segunda categoría. Su cara era estrecha, de tonos agrios, como si hubiese salido de un torno después de prensarla. La nariz pequeña, los cabellos rubios, los bigotes y la barba rojos dábanle tanto mejor un aspecto de cabra, cuanto que era pequeño y delgado, y sus ojos, de sucio amarillo, llamaban la atención por esa mirada oblicua tan célebre en los versos de Virgilio. ¿En qué consistía, pues, que, á pesar de condiciones tan desfavorables, poseyera rasgos exquisitos y sobresaliese por su finura? Explícase el secreto de este contraste gracias á su gusto en vestir y á la educación que recibió de su madre, una Radziwill. Si su valor rayaba en temeridad, no traspasaba su ingenio los límites en que se encierran las burlas vulgares y efímeras de la conversación parisiense; pero ninguno de los jóvenes que sobresalían entre los petimetres y lechuguinos pudo aventajarle. La juventud habla hoy demasiado de caballos, de

rentas, de impuestos y de congresos, para que la conversación francesa guarde ni aun resabios de lo que ha sido. Quizás es más discreto y agudo el palique en San Petersburgo y Viena que en París, y no tiene duda que provocan la gracia legítima é ingeniosa de ciertas desigualdades de posición, puesto que dos individuos que se hallen en la misma esfera no tienen necesidad de andarse con delicadezas y finuras, sino que se dicen las cosas, sin emplear rodeos, y, á lo mejor, *bestialmente*, tal cual son. Los burlones de París no pudieron sorprender, por tanto, fácilmente el espíritu de un gran señor en las trazas de aquel que podía tomarse por estudiante aturdido y que pasaba con indiferencia en su palique de un asunto á otro, que procuraba distraerse con tanto más ímpetu cuanto que acababa de correr muy peligrosas aventuras y que fuera de su país, donde su familia era conocida, creíase en libertad para entregarse á una vida desordenada, sin correr el riesgo de sufrir descrédito alguno. Cierta día de 1834 compró Adam un hotel en la calle Pepiniere. Seis meses después igualó su distinción á las casas más ricas y, precisamente cuando empezaba á representar un papel más grave, vió á Clementina en los Italianos y se prendó de la joven. El casamiento se verificó un año más tarde. El conde de alabanzas dió principio en las reuniones de la señora de Espard. Las madres de las muchachas casaderas se enteraron, cuando ya no era tiempo, de que pertenecían, desde el año novecientos, los Laginski á las familias ilustres del Norte. Por no sé qué rasgo de prudencia antipolaca, la madre del conde había hipotecado sus bienes al estallar la insurrección, recogiendo una suma importantísima que prestaron dos casas judías y que colocó en fondos franceses. El conde Adam Laginski poseía ochenta mil francos de renta. Al saberse esto, nadie se admiró ya de que, según había corrido por muchos círculos, cometiesen la torpeza el viejo Ronquerolles, la señora Sérizy y el caballero Rouvre de ceder á la loca pasión de su sobrina. Saltóse, como ha ocurrido siempre en tales casos, de un extremo á otro. Estuvo de moda el conde Adam durante el invierno de 1836, y Clementina Laginski

fué considerada como una de las reinas de París. Hoy figura en esos grupos encantadores de mujeres en que brillan las señoras de Lestorade, de Portenduere, María de Vandenesse, de Guenic y de Maufrigneuse, las rosas del París moderno, que viven á una distancia respetable de los nobles de nuevo cuño, de la mesocracia enriquecida y de los que entienden en el cotarro de la política que está en boga.

De ningún modo podía prescindirse de estos apuntes preliminares para fijar en qué esfera se había desarrollado una de las acciones sublimes, menos raras de lo que creen los detractores de la época actual, acciones que son como piedras preciosas, fruto de un sufrimiento ó de un dolor, y que, parecidas á las perlas ocultas en sus conchas, se hallan perdidas en el fondo de ese abismo, de ese mar, de esa ola incessantemente revuelta que conocemos con el nombre de sociedad, siglo, París, Londres ó San Petersburgo, como ustedes gusten.

Si alguna vez se pudo probar el aserto de que la arquitectura retrata las costumbres, ¿no fué después de la insurrección de 1830, reinando la casa de Orleans? Como se han ido reduciendo todas las fortunas en Francia, van reemplazándose los majestuosos palacios de nuestros padres, que derrumba cada día la piqueta demoledora por esa especie de falansterios en que el par de Francia de Julio habita un tercer piso encima de un empírico que acaba de enriquecerse. Se nota en los estilos una confusión lamentable. Como ya no existe corte ni nobleza que den ejemplo de buen tono, no hay armonía en las obras de arte. Jamás ha reunido la arquitectura tantos medios baratos para remedar lo verdadero y lo sólido, ni desplegó más recursos ni más genio en la repartición de sus construcciones. Propóngase á cualquier artista que marque las lindes del jardín en un palacio derribado, y edificará allí un Louvre en miniatura recargado de adornos; no faltan ni el patio ni las caballerizas, y, si os acomoda, ni el huerto; en el interior es tal el cúmulo de piezas estrechas y de entradas y salidas, se engaña tan bien la vista, que no parece sino que se halla uno á sus anchas con toda comodidad; en fin,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
M. A. N. E. I.

se distribuyen con tal abundancia los cuartos, que puede moverse y arreglárselas una familia ducal en el interior de un horno que perteneció á un príncipe de la argamasa. El hotel de la condesa Laginska, calle de la Pepiniere, es uno de esos modernos edificios y está entre el patio y el jardín. A la derecha, en el patio, se extienden las habitaciones de la baja servidumbre, á las cuales corresponden, frente por frente, á la derecha, las cocheras y las cuadras. El pabellón del conserje se levanta entre dos puertas cocheras muy lindas. Pero el lujo más fastuoso de la casa consiste en un precioso invernadero formado junto á un gabinetito del piso bajo; donde se hallan los admirables departamentos alhajados para las recepciones. Un filántropo desterrado de Inglaterra había construído esta preciosidad arquitectónica: levantó á su gusto el invernáculo, arregló el jardín, barnizó las puertas, enladrilló las dos alas del patio, dió una mano de verde á las ventanas, y realizó, en suma, uno de esos sueños parecidos, por lo menos relativamente, al de Jorge IV en Brighton. El fecundo, industrioso y activo obrero de París le había labrado el maderamen de puertas y ventanas. Habíanle imitado los techos de la Edad Media ó los que figuraban en los palacios venecianos, y existía verdadera prodigalidad de mármol en los zócalos exteriores. Steinbock y Francisco Souchet labraron los frisos de puertas y chimeneas. Schinner pintó magistralmente los cielos rasos. Las maravillas de la escalera, blanca como los brazos de una mujer, competían con las del palacio de los Rothschild. A consecuencia de las revueltas populares, no costó la finca más allá de un millón de francos. Para un inglés era regalada. Todo ese lujo llamado de príncipes por los que ignoran lo que es un verdadero príncipe, se ostentaba en el antiguo huerto de un proveedor, uno de los cresos de la revolución, muerto en Bruselas, víctima de una quiebra por uno de esos altibajos tan frecuentes en la Bolsa. Murió el inglés en París del mal de París, pues París es para muchas gentes una enfermedad, y, en ocasiones, varias enfermedades á la vez. Su viuda, una metodista, aborreció con implacable horror la casita del

nabab. Este filántropo era un traficante de opio, y la pudorosa viuda dispuso que se vendiera el inmueble en el preciso momento en que las sediciones ponían sobre el tapete la necesidad de hacer la paz á todo trance. Aprovechóse el conde Adam de esta ocasión, ya se dirá cómo, puesto que no entraban tales cálculos en sus costumbres.

Detrás de este edificio de piedra desplégase la verde alfombra de un prado musgoso, á la inglesa, que remata en espesa umbría de árboles exóticos, de donde surge un pabellón chinesco con sus campanillas silenciosas y sus huevos dorados inalterables. El invernadero y sus caprichosas combinaciones de follaje ocultan la cerca del mediodía, y el vallado de la otra cara desaparece debajo de las plantas trepadoras combinadas en forma de balaustrada, con ayuda de palos pintados de verde y sostenidos por travesaños. Esta pradera, con sus flores, con sus calles enarenadas, con su umbría, con sus setos aéreos, se extiende en un espacio de veinticinco pérticas cuadradas, y costaría hoy unos cuatrocientos mil francos, valor de un verdadero bosque. Sólo los pájaros rompen el silencio de aquel lugar: hay allí mirlos, ruiseñores, alondras, currucas y multitud incalculable de gorriones. El invernáculo es una inmensa jardinera; el aire que se respira en su ambiente está cargado de perfumes, y en invierno se puede pasear por su recinto sintiendo todos los ardores estivales. Ocúltanse hábilmente á la vista los recursos de que se echa mano para obtener una atmósfera artificial, como la de un clima tórrido, la de China, la de Italia. Los tubos por donde circulan el agua hirviendo, el vapor, un calórico cualquiera, sepultados en tierra, aparecen á las miradas del curioso como guirnaldas de flores. Vasto es el gabinete de la condesa. El hada parisiense que lleva el nombre de Arquitectura obra el milagro de aparentar los esplendores de lo grandioso, aprovechando un perímetro reducido. El artista á quien el conde Adam encargó que restaurase el hotel guardó toda su caprichosa inspiración para el arreglo y decorado de las habitaciones de la dama. Es imposible dar con un defecto en aquella prodigalidad de nonadas lindísimas.

No sabría el Amor elegir para cobijarse entre aquellas esculturas chinas, donde se distinguen millares de figuras raras cuyos pertenecen á dos generaciones; copas de topacio de encendido arrebol, montadas sobre pies de filigrana; mosaicos que dan tentaciones de meter mano en aquella riqueza; cuadros holandeses de Schinner; ángeles imitados de los que concibe Steinbock, quien no siempre logra representarlos á medida de su inspiración; estatuas esculpidas por genios, á quienes persiguen sus acreedores (verdadera explicación de los mitos árabes); los bosques más sublimes de nuestros artistas; frontis para las ensambladuras en las paredes, y en que los adornos tallados de los tableros alternan con los caprichos de la sedería india; portezuelas doradas en que rebulle una casa entera; muebles dignos de la Pompadour; tapices de Persia... en fin, como resumen de aquel conjunto de atractivos y magnificencias, la luz templada filtrándose á través de las cortinas de blonda y aumentando el encanto de la suntuosa habitación. Sobre una consola, entre infinidad de chucherías y antigüedades de gusto, un látigo abandonado indicaba que la condesa tenía aficiones á montar. El puño lo había esculpido la señorita de Faveau. Tal era el gabinete de una señora en 1837: un muestrario de mercaderías que distrae los ojos, como si amenazara consumir el tedio á la sociedad más bulliciosa y revuelta del mundo. ¿Por qué no se ve en esos tabacos nada íntimo, nada que nos arrebatase al ensueño, que nos dé sosiego y tranquilidad? ¿Por qué? es que nadie confía en lo porvenir y que cada cual goza de la vida usufructuándola á lo pródigo.

Hallábase Clementina cierta mañana reclinada en actitud reflexiva sobre una de esas meridianas maravillosas, en que el tapicero que las inventó supo estimular la pereza y ofrecer todas las dulzuras del *far niente*. Subían del invernadero entreabierto los aromas de su espléndida vegetación y los perfumes de los trópicos. Miraba como fumaba Adam su elegante *narguilé*, único modo de fumar permitido en aquella estancia. Recogidos los portiers por elegantes abrazaderas, permitían distinguir dos hermosos salones,

blanco y oro uno, comparable al del hotel Forbin-Janson, y estilo renacimiento el otro. El comedor, que no tiene más rival en París que el del barón de Nucingen, hallábase al extremo de una galería decorada en las paredes y el techo á imitación de la Edad Media; de aquí se daba, por la parte del patio, en amplísima antecámara, desde donde podían verse, á través de las puertas de cristales, las maravillas de la escalera.

Los condes acababan de almorzar. El cielo se extendía como un lienzo azul sin que le empañase la más ligera nube. Abril tocaba á su término. Contaba este matrimonio dos años de goces no interrumpidos, y lo único que agitaba á la condesa desde dos días atrás era el haber descubierto en su casa algo anómalo, que trascendía á secreto ó á misterio. El polaco, declarámoslo para gloria suya, es, generalmente hablando, débil con la mujer: suele mimarla con tanta ternura, que resulta inferior á ella en Polonia; pero la parisiense—y no es esto decir que las polonas valgan poco—le rinde y domina más pronto y con mayor facilidad. Por eso el conde Adam, instado por las preguntas de su cónyuge, no tuvo la inocente astucia de venderle el secreto, siendo así que con las damas hay que sacar partido de su curiosidad; os lo agradecen de la misma manera que el pícaro mira con respeto al hombre honrado si no le ha podido engañar. Más bravo que locuaz, el conde no había impuesto otra condición que la de no decir palabra hasta que agotase su pipa cargada de *tombaki*.

—Mientras ha durado nuestro viaje, á cada dificultad que se presentaba, me respondías: «Paz arreglará eso.» No has escrito sino á Paz, y de regreso todo el mundo me sale con lo mismo: *¡el capitán!* ¿Deseo salir?... *¡el capitán!* ¿Se trata de firmar alguna cuenta? *¡el capitán!* ¿Está excesivamente indómito mi caballo? Se habla al capitán Paz. Ocurrerme en esto lo que pasa en el juego del dominó: hay Paz por todas partes. No oigo hablar más que de Paz, y no puedo verle nunca. ¿Quién es ese Paz? Que me traigan á nuestro Paz.

—¿No va todo perfectamente?—dijo el conde dejando el *bocchettino* de su *narguilé*.

—Tanto, que con doscientos mil francos de renta se

arruinaría quien llevase el tren de casa que poseemos con sólo ciento diez mil—repuso.

Y tirando del rico cordón del timbre, que era una preciosidad labrada á punto de cadenilla, dijo al ayuda de cámara, que se presentó vestido con tanto lujo como un ministro:

—Advierta usted al capitán Paz que deseo hablarle.

—¡Si te parece que vas á sacar nada en limpio...!—murmuró sonriendo el conde.

No será ocioso observar que, casados en diciembre de 1835, Adam y Clementina pasaron el invierno en París y visitaron luego durante la primavera y el otoño del siguiente año algunos países de Italia, de Suiza y de Alemania. El regreso fué en noviembre, y la condesa recibió en sus salones por primera vez durante la fría estación que acababa de pasar; entonces notó la existencia casi fantástica, silenciosa, obscurificada, pero saludable, de un factótum cuya persona parecía invisible: el capitán Paz (Pac), cuyo nombre se pronuncia como está escrito.

—El capitán Paz ruega á la señora condesa que le dispense: está en las caballerizas y en traje que le impide venir inmediatamente; pero en cuanto se haya vestido, el conde Paz se presentará á la señora—dijo el ayuda de cámara.

—¿Qué está haciendo, pues?

—Enseña cómo debe limpiarse el caballo de la señora, que Constantino no bruza á su gusto.

La condesa observó con mirada investigadora al criado: estaba serio, guardándose de comentar la frase con esa sonrisilla que se permiten los inferiores cuando les parece que el superior de quien hablan ha descendido hasta ellos.

—¡Ah, bruza á Coral!

—¿No monta á caballo la señora esta mañana?

El ayuda de cámara se retiró sin obtener respuesta.

—¿Es algún polaco?—preguntó Clementina á su marido.

Este inclinó la cabeza con signos afirmativos.

Clementina Laginska examinó silenciosamente á Adam. Los pies casi tendidos sobre un almohadón, la cabeza en la misma actitud que la de un pájaro que

escucha asomado en su nido los rumores de la selva, hasta al hombre más estragado pareciérale encantadora. Rubia y delgada, los cabellos peinados á la inglesa, parecíase á esas figuras poco menos que fabulosas de los Keepsakes, sobre todo con su peinador de seda, imitación persa, cuyos pliegues no ocultaban las gracias de su cuerpo y el primor de su talle hasta el punto de que se pudiera admirarlos á través de las telas esmaltadas de flores y de bordados. Cruzándose sobre el pecho aquel tejido de brillantes colores, dejaba al desnudo el nacimiento del cuello, de tonos tan blancos, que contrastaba con el rico encaje que cubría sus hombros. Los ojos, bordados por cejas negrísimas, acentuaban la expresión curiosa que hacía contraer ligeramente sus labios lindísimos. En la frente, bien modelada, distinguíase la curva característica de la parisiense voluntariosa, alegre, instruída, pero inaccesible á los caprichos bajos y ruines. Las manos, casi transparentes, colgaban al extremo de los brazos de su sillón. Los dedos, abiertos en forma de horquilla y afilados por las puntas, ostentaban unas uñas que eran especie de almendras rosadas en que jugueteaba la luz. Sonrió Adam fijándose en la impaciencia de su esposa, contemplándola con mirada que no denotaba aun, ni por asomo, el tedio ni la saciedad del matrimonio. Ya había aprendido aquella figurilla delicada y endeble á dominarse, pues casi no respondió ni hizo movimiento alguno al oír los piropos y las frases enamoradas de Adam. En las miradas que se deslizaban á hurtadillas de sus ojos, leíase la conciencia de la superioridad que alcanzaba la parisiense sobre aquel polaco, revoltoso como un niño, seco y encarnadote.

—Ahí está Paz—dijo el conde oyendo los pasos que resonaban en la galería.

Vió entrar la condesa á un hombre recio, alto, hermoso, bien formado, en cuyo rostro se distinguían las huellas de la pesadumbre con que marcan á algunos seres la desgracia y el vigor de su naturaleza. Se había vestido apresuradamente Paz una de esas casacas bñía vestido apresuradamente Paz una de esas casacas cerradas, con cordones sujetos por botoncillos en forma de aceitunas, y que en otro tiempo se conocían

con el nombre de polonasas. Rodeaban su cabeza cuadrada abundantes cabellos negros, muy mal peinados, y pudo fijarse Clementina en la frente ancha, brillante como un pedazo de mármol, porque Paz sostenía en la mano una gorra de pieles con visera. La mano parecía de Hércules. En la cara, dividida armónicamente por una linda nariz romana, revelábanse señales de la salud perfectísima que gozaba aquel hombre robusto. Una corbata de tafetán negro acababa de dar completo aire marcial á aquel misterio de cinco pies y siete pulgadas, cuyos ojos lustrosos y negros como el azabache tenían todo el esplendoroso brillo de los ojos italianos. Lo holgado de sus pantalones amplísimos y que no dejaban ver más que la punta de sus botas, descubría su culto por las modas de Polonia. Verdaderamente, para una mujer romántica, no faltarían tonos burlescos en el contraste tan chocante que ofrecían el capitán y el conde, aquel polaco de figura enclenque y aquel soberbio militar, el paladín y el palatino.

—Buenos días, Adam—dijo familiarmente al conde.

Después se inclinó graciosamente, preguntando á Clementina en qué podía serle útil.

—¿No es usted amigo de Laginski?

—Hasta la muerte—respondió Paz.

El conde sonrió afectuosamente, echando su última bocanada odorífera.

—Pues ¿cómo es que no come usted con nosotros? ¿Por qué no habernos acompañado á Italia y Suiza? ¿Por qué se oculta de modo que no parece sino que procura usted evitar que le pruebe mi agradecimiento por los señalados servicios que nos presta?—interrogó la joven con exagerada vivacidad, pero sin que se trasluciese en sus frases la más leve emoción.

Y, en efecto, consideraba que era la suya servidumbre voluntaria, no sin que al pensar así despreciase á semejante anfibio social, á la vez secretario é intendente, y de hecho ni lo uno ni lo otro; pariente pobre quizás, amigo molesto en definitiva.

—Es, condesa—repuso con desembarazo,—que no hay que agradecerme nada: soy amigo de Adam y me complazco en cuidar de sus intereses.

—Y sigues de pie, porque te da la gana también—observó el conde.

Sentóse Paz en un sillón, junto al portier.

—Ahora recuerdo haberle visto cuando nos casamos y algunas veces en el patio. Pero lo que no comprendo es cómo se conforma usted con ese rango inferior, siendo el amigo de Adam.

—Maldito el caso que hago de lo que opinen los parisienses. Vivo para mí y, si ha de decirse verdad, para vosotros.

—Pero á mí no puede serme indiferente lo que diga el mundo del amigo de mi marido...

—Señora, la sociedad se contenta pronto con esta frase: «Es un extravagante.» No hay más que decirlo así.

Y después de una pausa:

—¿Pasea usted hoy?

—¿Quiere usted acompañarme al bosque?

—Con mucho gusto.

Paz hizo un saludo y se retiró.

—¡Qué bueno es! ¡Tiene la ingenuidad del niño!—exclamó Laginski.

—Cuéntame cómo os habéis hecho tan íntimos—dijo Clementina.

—La nobleza de Paz, alma mía, es tan acrisolada y fuerte como la nuestra. El desastre de la casa establecida en Florencia obligó á uno de los Pazzi á refugiarse en Polonia, donde se estableció con bastante suerte y fundó la familia Paz, á la cual se ha concedido el título de conde. Sus deudos se distinguieron durante el esplendoroso reinado de nuestra república real, enriqueciéndose. La rama del árbol humillado en Italia retoñó tan vigorosamente, que hay ya varias ramas de la casa solariega de los Paz. No tiene, pues, nada de extraño que unos estén acomodados y otros sean pobres. Nuestro Paz pertenece á una de las líneas humildes de dicha sucesión. Huérfano, sin otra fortuna que su espada, servía en el regimiento del gran duque Constantino, cuando iniciamos la revolución. Entregado al partido polaco, batióse como un polonés cualquiera, como un patriota, como hombre que no posee el valor de una paja: tres admirables razones

para pelear valerosamente. En la hora crítica del peligro, figurándose que le seguían sus soldados, se abalanzó sobre una batería rusa, donde cayó prisionero. Yo estaba allí, y aquel rasgo de heroísmo hizome gritar á mis jinetes: «Vamos por él.» Y, en efecto, cargamos sobre la batería con ímpetu salvaje, arrollándolo todo. Nos apoderamos entre siete de Paz. Entramos veinte y volvimos ocho, comprendiéndole á él en ese número. Cuando Varsovia fué vendida, fué preciso escapar de los rusos. Por rara coincidencia nos encontramos entonces juntos, á la misma hora, en el mismo lugar, al otro lado del Vístula, y vi como detenían al pobre capitán los prusianos, convertidos en perros de presa de nuestros enemigos. Cuando se ha arrancado á un hombre de las garras de la muerte, no se le abandona ya en ningún peligro. El riesgo en que se veía de nuevo Paz me apenó de tal manera, que me dejé prender con el propósito de serle útil. Hay ocasiones en que dos pueden salvarse mejor que uno solo. Gracias á mi nombre y á que me ligaban algunos lazos de parentesco con los que tenían nuestra suerte entre sus manos, hizose la vista gorda para que yo intentara mi evasión. Hice que pasara el capitán por un soldado insignificante, por un sirviente de mi casa, y de este modo pudimos llegar á Dantzick. Nos colamos en un buque holandés y dos meses más tarde desembarcamos en Londres. Mi madre me esperaba en Inglaterra, enferma. La cuidamos Paz y yo hasta su muerte, acelerada por los desastres de nuestra empresa revolucionaria. Después me vine á Francia, trayendo conmigo á un hombre de quien la adversidad me había hecho hermano. Luego que estuve en París, viéndome á los veintidós años con una renta de sesenta mil francos y pico, amén de lo que había quedado de los diamantes y cuadros de familia vendidos por mi madre, quise asegurar la suerte de mi amigo, antes de que me arrastraran el vértigo y las disipaciones de la vida que aquí llevan los jóvenes. Había yo sorprendido algunas nubes de tristeza en las pupilas del capitán, y hasta me pareció verle contener el llanto. Su alma es grande, noble, generosa, sin reservas de ningún género, bien me consta, y me

asaltó la duda de si le apesadumbraba el verse atado estrechamente á quien contaba seis años menos de edad, por las mercedes recibidas y sin poder recomendarlas. Apático y frívolo como lo es un soltero en tales circunstancias, corría peligro de perder al juego, ó de dejarme ensartar por un parisiense, y aun sin eso, podíamos separarnos Paz y yo alguna vez. Aunque mi propósito fuera subvenir á todas sus necesidades, calculaba que existían muchas probabilidades para que ó bien olvidara ó bien me viese imposibilitado de pagar su pensión; en una palabra, ángel mío, quise evitarle el sentimiento, el sonrojo, la vergüenza de pedirme dinero ó de que buscara inútilmente á su compañero en un instante de apuro. Y ahí tienes cómo cierta mañana, con los pies al amor de la lumbré, sobre el morrillo del hogar, fumando cada cual nuestra pipa, después de haberseme subido los colores á la cara, y tomando no pocas precauciones, viendo que me miraba con recelosa inquietud, le alargué un título de la Renta al portador, que ascendía á dos mil cuatrocientos francos...

Clementina saltó de su perezosa, fué á sentarse sobre las rodillas de Adam y le rodeó el cuello con el brazo, besándole en la frente y diciéndole:

—¡Qué hermoso me pareces, tesoro mío! ¿Y qué hizo Paz?

—Tadeo palideció, sin pronunciar palabra...

—¡Ah! ¿se llama Tadeo?

—Sí. Tadeo dobló de nuevo el papel y me lo devolvió murmurando: «Yo creí, Adam, que nuestra amistad era de las que no destruye ni la muerte y que no nos separaríamos jamás; ¿nada quieres de mí, por tanto?» «¡Ah, conque así juzgas mi pensamiento! repliqué; ea, no se hable más; si me arruino yo, te arruinarás también.» «Tú no posees bastantes bienes de fortuna, me dijo, para sostener el rango que corresponde á un Laginski; ¿no te hace falta un amigo que cuide de tus asuntos, que sea un padre y un hermano, un confidente fiel para ti?» Hablando esto, querida mía, la mirada y la voz eran tranquilas y encubrían no sé qué emoción maternal, al mismo tiempo que revelaban la gratitud digna de un árabe, la abnegación de

un perro, una amistad salvaje, sin ostentaciones y siempre dispuesto á todo. A fe mía, le abracé como nos abrazamos nosotros los poloneses, la mano en la espalda, y le besé en los labios. «¡Hasta la muerte, pues! Todo cuanto poseo te pertenece; dispón como gustes.» Y él es quien me ha buscado este palacio por cuatro cuartos. Él quien ha vendido mis fondos á la baja, volviéndolos á adquirir á la alza; con los beneficios hemos pagado esta barraca. Inteligente en caballos, trafica tan bien en la compra y venta, que mi caballeriza cuesta muy poco, y tengo los caballos más hermosos de París y el tren más bonito de coches. La servidumbre, compuesta por valientes soldados polacos que él mismo escogió, son capaces de hacerse empalar por nosotros. Ha parecido que iba á arruinarme yo, y Paz sostiene la casa con tanto orden y tal economía, que no ha tardado en reparar con su administración admirable algunas pérdidas sufridas en el juego y las tonterías propias de la juventud. Mi Tadeo es astuto como dos genoveses, ávido de ganancia como un judío polonés y previsor como un buen amo de casa. Nunca conseguí que me siguiese en mis locuras, cuando yo era soltero. Ha sido necesario en ciertos momentos valerse de las suaves imposiciones de la amistad, para que me acompañara al teatro cuando yo iba solo, ó á las comidas que daba en los figones á gente de buen humor. No le gusta concurrir á los salones.

—¿No ama á nadie, ni á nada, pues?

—Ama á su Polonia, y la añora. No se ha permitido más disipaciones que la de mandar socorros, más en mi nombre que en el suyo, á muchos de nuestros infelices desterrados.

—Toma, mira cómo voy á querer á ese buen muchacho, que me parece sencillo como todo lo que es verdaderamente grande.

—Todo lo que has encontrado aquí, los objetos más lindos que posees—continuó Adam, que revelaba en sus frases la confianza más noble elogiando á su amigo—Paz los ha ido recogiendo, ya en los mercados ó aprovechando ciertas oportunidades. Te digo que es más comerciante que los mismos comerciantes.

Si le ves frotándose las manos en el patio di que ha cambiado un buen caballo por otro mejor. Vive para mí, y si quieres verle dichoso, que vaya yo elegante, llevando un tren espléndido. El deber que se impone á sí mismo, lo cumple sin aparato, sin vanidad. Perdí una noche veinte mil francos al whist. «¿Qué dirá Paz?» preguntábame yo al volver á casa. Paz me los devolvió, no sin suspirar hondamente; pero ni una sola de sus miradas ha censurado mis despilfarros. En cambio, el suspiro me ha impresionado más vivamente que las amonestaciones de los tíos, de la mujer y aun de la misma madre en parecidos casos. «¿Lo sientes?» le dije. «No lo siento por ti ni por mí, no; pero veinte pobres Paz vivirían con esa suma durante un año.» Comprenderás perfectamente que no valen menos los Pazzi que los Laginski, y por eso me he guardado de considerar como inferior á mi querido Tadeo; antes bien, he hecho lo posible para ser tan grande en mi esfera como lo es él en la suya. No he salido ni una sola vez de casa ni he vuelto á ella sin saludarle como saludaría á mi padre si viviese. Mi fortuna es suya, y está, en una palabra, seguro de que, como en las dos ocasiones pasadas, no vacilaría ante ningún peligro por salvarle.

—Mucho decir es, amigo mío—observó la condesa.

—Se sacrifica uno en la guerra, pero no se sacrifica tan fácilmente en París.

—¿Que no? Tratándose de Paz es como si me hallara siempre en la guerra. Nuestros caracteres han conservado sus rudezas y sus defectos; pero el mutuo cariño de nuestras almas ha apretado más aún los lazos estrechos de la amistad que nos unía. Se puede salvar la vida á un hombre, y matarlo después si nos resulta un mal compañero; pero nosotros hemos pasado ya por las pruebas que hacen indisoluble esta unión: existe entre nosotros un cambio ininterrumpido de impresiones gratas que es posible que relativamente proporcione á la amistad muchos más tesoros que no tiene el amor.

Cerró una mano muy linda con tal arrebató la boca del conde, que más pareció darle una bofetada que imponerle silencio.

—Lo dicho—añadió.—La amistad, ángel mío, no cae en los desencantos del sentimiento ni en los engaños del placer. Después de haber otorgado lo que no puede ceder, acaba el amor dando menos de lo que en correspondencia recibe.

—Lo mismo por una parte que por otra—dijo sonriendo Clementina.

—Eso es. En cambio, la amistad, cuanto más dura cuanto más firme es, más se acrecienta. No tienes por qué torcer el gesto; somos tú y yo tan amigos como amantes; me parece que hay en nuestro matrimonio una conjunción feliz de ambos sentimientos.

—Pues voy á explicarte por qué sois tan buenos amigos. La diferencia que existe entre tú y él proviene de los gustos, de las aficiones y no de la elección forzosa, de vuestro capricho y no de vuestro respectivo estado. En la medida en que se puede juzgar á un hombre ligeramente visto y según lo que me cuentas, habrá momentos en que el subalterno pueda convertirse en superior.

—¡Oh! Paz es verdaderamente superior á mí—dijo con toda ingenuidad el conde;—no le llevo más ventaja que la fortuna.

Abrazóle su mujer, entusiasmada por la nobleza de semejante confesión.

—La excesiva maña con que oculta la grandeza de sus sentimientos, constituye por sí sola una superioridad indiscutible. Muchas veces le he dicho: «Eres un tuno redomado, puesto que tienes en el corazón vastos dominios y en ellos te encierras.» Con derecho al título de conde, no quiere que se le llame en París sino capitán.

—En fin, que el florentino de la Edad Media reaparece á trescientos años de distancia. Hay algo de Dante y algo de Miguel Angel en su naturaleza.

—Toma, dices bien; tiene alma de poeta.

—Héteme, pues, casada con dos polacos—repuso la joven haciendo uno de esos gestos inspirados con que subrayan una frase divina los cómicos geniales.

—¡Querida niña!—exclamó Adam estrechando afectuosamente á su esposa.—Me habrías dado un gran disgusto si no hubiera merecido Paz tus simpatías

teníamos miedo uno y otro de que ocurriese esta desgracia, pues él está contentísimo de mi matrimonio. Le harás muy feliz diciéndole que le quieres... por supuesto, como se quiere á un fiel amigo.

—Voy á vestirme; hace buen día y saldremos los tres juntos—concluyó Clementina, llamando á su doncella.

Llevaba Paz una existencia tan retirada, que todo el París elegante se preguntó quién acompañaba á Clementina Laginski cuando se le vió ir al bosque de Boulogne y volver entre Tadeo y su marido. La condesa exigió al capitán que les acompañase á comer, y este capricho de soberana absoluta le obligó á hacer en su persona un arreglo desusado. Por su parte, también Clementina se vistió con cierta coquetería, de modo que su figura causara impresión al mismo Adam. Cuando se presentó en el salón donde la esperaban ambos amigos, dijo sonriendo:

—Conde Paz, también quiero que venga usted con nosotros á la Ópera.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras venían á significar, como siempre que las pronuncia una mujer: «Si rehusa usted, reñimos.»

—Con mucho gusto, señora. Pero, como no poseo la fortuna de un conde, llámeme usted simplemente capitán.

—Pues bien, capitán; deme usted el brazo—contestó ella, conduciéndole al comedor arrebatada por uno de esos impulsos llenos de esa dulce familiaridad que encanta á los enamorados.

Colocó á su lado la condesa al huésped, cuya actitud fué la de cualquier subteniente pobre comiendo en la mesa de un general rico. Dejó Paz que hablara Clementina, la escuchó con la deferencia que se guarda al superior, no la contradujo nunca y aguardó que se le preguntara categóricamente antes de contestar. En una palabra, pareció casi estúpido á la condesa, cuya coquetería fracasó contra aquella seriedad fría y aquel respeto diplomático. Inútilmente le gritaba Adam: «¡Vamos, Tadeo, animate! ¡Cualquiera diría que no estás en tu casa! ¿Te has propuesto, sin duda, desconcertar á Clementina?» Tadeo continuó pesado

y fastidioso. Cuando los señores se quedaron solos, después de los postres, el capitán explicó cómo tenía ordenada su existencia, al revés de la que llevaban las personas de distinción: se acostaba á las ocho y se levantaba temprano, de madrugada casi; compuso-selas de modo que pareciera que tenía grandes deseos de dormir.

—Mi intención al llevarle á la Ópera era distraerle; pero haga usted lo que guste—contestó Clementina algo picada.

—Iré—dijo Paz.

—Canta Duprez el *Guillermo Tell*—advirtió Adam—pero si prefieres que vayamos á Variedades...

Sonrió el capitán y por toda respuesta llamó, haciendo que sonara el timbre. Mandó al criado:

—Diga á Constantino que prepare el coche y no el cupé.

Y dirigiéndose al conde, añadió:

—Estaríamos molestos é incómodos.

—Anda, un francés no habría caído en ello—repuso graciosamente Clementina.

—Es que somos florentinos, plantas trasplantadas al norte.

Y tal finura había en el acento con que pronunció estas palabras y la mirada fué tan sutil, que bien claro se vió que había estado fingiendo durante la comida.

Fué, en efecto, muy fuerte el contraste entre su actitud anterior y el gesto que reflejó su alma al pronunciar la última frase, por imprudencia en que todo el mundo caería. Miró Clementina al capitán de ese modo discreto, disimulado, que habla á la par de la perspicacia y de la admiración con que observa la mujer. La pausa que siguió fué en extremo penosa para Adam, puesto que era imposible que diese con el motivo. Clementina no incitaba con sus mohines coquetuelos á Paz, y éste, por su parte, recobró su rudeza militar, y no dulcificó su carácter ni en la travesía, ni en el palco, donde aparentemente dormitó.

—Ahí tiene usted, señora, cómo resulto fastidioso—murmuró mientras se bailaba en el último acto de *Guillermo Tell*. —¿Tenía ó no tenía yo motivos para no salir de lo que podríamos llamar mi especialidad?

—Ciertamente, querido capitán, no es usted charlatán, ni hablador siquiera; sin duda, no es usted otra cosa que polaco.

—Permítame usted, pues, que no haga sino velar por la suerte y la prosperidad de la casa y preocuparme de los goces de uno y otro. ¿Para qué sirvo yo?

—¡Anda allá, Tartufo!—dijo sonriendo el conde Adam.—Querida, es todo corazón este hombre, y cuidado que le sobra talento para figurar entre las gentes; no tomes al pie de la letra su modestia.

—Adiós, condesa; aprovecho la afabilidad con que se me trata para servirme de su carruaje de usted. Lo mandaré en seguida. Deseo acostarme lo más pronto posible.

Clementina hizo una inclinación de cabeza y le dejó marchar sin responderle.

—¡Vaya un oso!—dijo al conde—¡tú eres mucho más galante!

Adam estrechó la mano á su mujer discretamente.

—Pobre Tadeo! se ha esforzado en parecer antipático donde tantos otros procurarían ser más amables que yo.

—Falta saber si no hay *cálculo* en su conducta: te aseguro que habría preocupado á una mujer vulgar.

Media hora más tarde, mientras Boleslas el lacayo gritaba: «¡la puerta!» y esperaba el cochero, con el carruaje vuelto para entrar, á que se abriesen las dos hojas, Clementina preguntó al conde:

—¿Dónde se acurruca el capitán?

—Ahí—respondió el polaco señalando un pabellón que ostentaba elegantemente su estilo ático en cada lado de la puerta cochera y una de las ventanas daba á la calle.—Sus habitaciones están encima de las ballerizas.

—¿Y quién ocupa la otra parte?

—Nadie aun. Será para nuestros hijos y para su preceptor.

—No se ha acostado aun—añadió la condesa observando que había luz en el cuarto de Tadeo cuando el coche se detuvo bajo el pórtico de columnas imitando las que se ven en las Tullerías.

El capitán estuvo atisbando á Clementina cuando

entró en el vestíbulo. Llevaba bata y tenía en la mano su pipa. La jornada había sido verdaderamente ruda para él, y fácil será comprender la razón. El día en que Adam le llevó á los Italianos para que juzgase de su belleza, dióle el corazón un vuelco horrible al fijarse en la señorita de Rouvre; y después, cuando volvió á verla en la alcaldía de Santo Tomás de Aquino, reconoció en ella á la mujer que exclusivamente debe adorar, pues Don Juan, con ser tan enamorado, prefería á una entre mil. Por eso aconsejó Paz con toda eficacia el clásico viaje de novios. Tranquilizado hasta cierto punto durante la ausencia de Clementina, los sufrimientos se despertaron tan pronto como regresó aquella pareja tan linda. Y he aquí lo que pensaba ahora, fumando el *latakié* en su pipa de cerezo que medía seis pies de larga, regalo de Adam:

—Sólo Dios, que me recompensará por haber sufrido en silencio, y yo, debemos saber con qué pasión la amo. Pero ¿cómo no poseer ni su amor ni su odio?

Y reflexionaba, remontándose á las regiones más elevadas, sobre este teorema de estrategia amorosa. No es posible creer que Tadeo sólo viviese pensando, pues el mismo dolor proporciona á ciertos espíritus no sé qué refinamiento de goce: y así dígase que en el mismo dolor que le atormentó aquel día halló, tan sublime fué el engaño con que intentó adormecer su pesadumbre, veneros de íntima alegría. A contar desde el regreso de sus amigos, aumentaban los motivos de satisfacción inefable, sólo con ver que era sin duda necesario al manejo de la casa, pues sin su tutela previsorá habrían corrido los inexpertos jóvenes á la ruina. ¿Hay fortuna, puesta en el trance de un tren que no se conleva con tacto, capaz de resistir á las exigencias de la vida de un pueblo como París, tan pródiga y espléndida? Educada en la escuela de un padre malgastador, ignoraba Clementina todo lo que se refiere al mantenimiento de una casa que las mujeres más nobles y ricas tienen hoy á su cuidado. ¿Quién puede permitirse en estos tiempos el lujo de sostener á un intendente? A su vez, Adam (hijo de uno

de esos grandes señores polacos que se dejan devorar por los judíos, incapaces de administrar los restos de una de las fortunas más inmensas de Polonia, donde hay cuantiosos caudales) no tenía carácter para poner freno á sus caprichos y á los de su mujer. Obrando por su cuenta, posible era que se hubiese arruinado, aun antes de su matrimonio. Consignemos que Paz había impedido que jugase á la Bolsa, y con eso está dicho todo. Ocurrió, pues, que, sintiéndose contra su voluntad enamorado de Clementina, no tuvo ni el recurso de salir de la casa y buscar en los viajes el olvido de su pasión. La gratitud, solución del enigma que velaba su existencia, le clavaba en el potro, reteniéndole en aquel palacio donde nadie sino él podía desempeñar el cargo de agente de negocios encargado de los asuntos de familia, tan apática para los suyos. Confío en que la ausencia de los señores devolvería un poco de calma á su espíritu; pero la condesa le pareció á su regreso más guapa, y lo era porque, gozando de la libertad que el casamiento procura á las parisienses, contribuía á que se despeje su carácter, desplegaba todas las gracias de su juventud, y con ellas no sé qué atractivo, resultante de la dicha ó de la independencia que le facilitaba el cariño de hombre tan confiado, tan altamente caballeresco y tan solícito y amoroso como Adam. Tener la certidumbre de ser á modo de llave maestra, de resorte en que descansaba el esplendor de esta casa; ver bajar á Clementina de su coche al regreso de una fiesta, ó verla salir en dirección al bosque; encontrarla en los *bulevares*, luciendo la figura sobre su lindo carruaje, como una flor en su capullo, inspiraba voluptuosidades misteriosas é infinitas al pobre Tadeo, cuyos sentimientos, esponjándose en lo más oculto del corazón, no encendían con señal ninguna el rostro. ¿Cómo era posible que la condesa se fijase en el capitán, si éste se ocultaba, destruyendo hasta los indicios que pudieran revelar el cuidado que ponía en que no llamara la atención su persona? Nada hay más semejante al amor divino que el amor sin esperanza. Para que el hombre se sacrifique en silencio conformándose con permanecer obscuro, ¿no es preciso que tenga cierta

profundidad su corazón? Pues tal profundidad, donde se agazapa un orgullo de padre y de Dios, encierra el culto del amor por el amor mismo, como el poder por el poder fué el credo de los jesuitas, ambición sublime en lo que tiene de generosa, modelada pueda decirse, sobre el patrón que ofrecen los principios que dan vida al universo mundo. ¿No es efecto la naturaleza? Y la naturaleza es encantadora: pertenece al hombre, al poeta, al pintor, al amante; pero ¿no es la causa para ciertas almas privilegiadas y para ciertos pensadores gigantes, superior á la naturaleza? La causa es Dios. En la esfera de las causas viven los Newton, los Laplace, los Kepler, los Descartes, los Malebranche, los Spinoza, los Buffon, los verdaderos poetas y los solitarios de la segunda edad cristiana, las Santa Teresa de España y los sublimes extáticos. Todo sentimiento humano ofrece analogías con esa situación especial en que el espíritu abandona el efecto por la causa, y Tadeo se había remontado á la altura de miras, donde cambia el aspecto de todas las cosas. Preparada su alma para sentir los goces indescriptibles del creador, alcanzaba en materia de amores una excelcitud que no tenía par en los fastos del genio. «No, no está del todo equivocada», pensó, siguiendo indiferentemente con los ojos las ondulaciones del humo de su pipa. «Podría indisponerme sin remedio posible con Adam, como me cobrase tirria; y si le diera por atormentarme coqueteando conmigo, ¿qué sería de mí?» La fatuidad de esta última suposición era tan contraria al carácter modesto y á la especie de timidez germánica que distinguía al capitán, que se echó en cara el haberla pensado, y se acostó, resuelto á esperar los acontecimientos antes de decidirse por partido alguno. Clementina almorzó muy bien al día siguiente sin Tadeo y sin hacer caso de su desobediencia. Era día de recepción, que en su casa revestía tanto esplendor como en las fiestas palatinas, y hay que confesar que no echó de menos la figura del capitán, atento á todos los pormenores de aquellas solemnidades aparatosas.

—Bueno—se dijo Paz, oyendo el ruido de los carruajes que partían hacia las dos de la madrugada.

—la condesa sólo ha tenido un capricho ó una curiosidad de parisiense.

Volvió, pues, el capitán á sus hábitos ordinarios, que había alterado aquel incidente por un momento. Distraída con las múltiples preocupaciones que infunde en el ánimo la farándula parisiense, dijérase que había Clementina olvidado á Paz. ¡Pues qué! ¿se cree acaso que no hay más que proponerse reinar sobre este inconstante París? ¿No habrá quien imagine que sólo en este juego supremo se arriesgan las fortunas? Los inviernos son para las mujeres esclavas de la moda lo que fué en otro tiempo una campaña para los militares del imperio. ¡Qué obra de arte y de inspiración se descubrió en un peinado que ha de atraer las miradas y ha de infundir asombro! Una mujer débil y delicada conserva su firme y brillante arreo de flores y diamantes, de seda y acero, desde las nueve de la noche hasta las dos, y con frecuencia hasta las tres de la mañana. Come poco para que las miradas revoloteen por su talle fino, y engaña el hambre que la tortura durante la velada con tazas de té que debilitan, con pasteles dulzones, con helados excitantes, ó con pastas rellenas y difíciles de digerir. El estómago debe someterse á las exigencias de la coquetería. El despertar de este sueño dorado es duro, pero tardío; porque no en vano se pone uno en contradicción con las leyes de la naturaleza, siempre implacable. No hace más que salir del lecho una mujer de esta índole, y ya está pensando en el tocado de la tarde, cuando justamente empieza á preparar el de la mañana. ¿No tiene que recibir, que hacer visitas, que pasearse por el bosque á caballo ó en carruaje? ¿No se ve en el caso de atormentar el espíritu adiestrándose en el hábil juego de las sonrisas, y de aguzar la inteligencia preparando cumplidos que no parezcan rebuscados ni comunes? Difícil tarea en que no todas las damas triunfan. ¿Quién se asombrará, conocido esto, de hallar á una mujer que se presentó en sociedad fresca y lozana tres años antes, completamente ajada y envejecida? No bastan los seis meses de verano, pasados en el campo, para cicatrizar las llagas abiertas durante la estación de los fríos. Hoy sólo se

oye hablar de gastritis, de enfermedades raras, desconocidas en el tiempo viejo, sobre todo tratándose de mujeres que consagraban sus aptitudes al cuidado del hogar. Ocurría entonces que sólo de tarde en tarde se veía á la mujer en público, y hoy está continuamente en escena. Clementina tenía lucha para rato empezaba el mundo á hablar de ella, y los cuidados que la importunaban para sostener tal batalla con sus rivales no le dejaban ni tiempo para consagrarse al amor de su marido. Ya se ve, pues, si con más razón podía ser olvidado Tadeo. Sobrevino, empero, un mes más tarde, en mayo, algunos días antes de disponerse á salir para la posesión de Ronquerolles, en Bourgoigne, que al regresar del bosque, descubrió ella á Tadeo, vestido correctamente, extasiado en ver desde uno de los paseos paralelos de los Campos Eliseos, á su hermosa condesa luciendo la carretela en que viajaba un elegante tronco de caballos y las doradas libreas resplandecientes, en una palabra, su querida parejita causando admiración.

—Ahí va el capitán—dijo ella á su marido.

—¡Cuán dichoso es!—respondió el conde.—Estas son todas sus alegrías. No hay tren más elegante que el nuestro y goza él viendo que no hay quien no envidie nuestra felicidad. Es la primera vez que tú te fijas, pero has de saber que no falta casi ningún día al paseo.

—¿Qué debe estar pensando?

—Pues piensa, seguramente, que el invierno nos ha hecho gastar bonitamente y que economizaremos durante nuestra estancia en casa de tu tío Ronquerolles.

Clementina mandó que se detuviese la calesa delante de Paz, y le obligó á subir al carruaje y á tomar asiento á su lado. Tadeo se puso coloradote como las cerezas.

—Voy á apearles á ustedes. Acabo de fumar unos cigarros—murmuró.

—Adam no me apesta—repuso ella vivamente.

—Sí, pero es Adam.

—¿Y por qué no ha de tener Tadeo los mismos privilegios?—preguntó sonriendo la condesa.

Y la divina sonrisa tuvo tal fuerza de sugestión, que

triunfó de todas las resoluciones heroicas de Paz; miró á Clementina dejando que se encendiese en sus ojos el fuego en que se abrasaba el alma, aunque templándolo con las muestras más nobles de su gratitud, único sentimiento que le animaba á vivir y á que consagraba toda su existencia. La condesa cruzó los brazos sobre el chal, se reclinó pensativa en los almohadones, restregando por ellos las plumas de su lindo sombrero, y dejó que vagasen sus miradas por la multitud de paseantes. Atacó su sensibilidad, conmoviéndola, aquel relámpago fugitivo de un alma grande, resignada hasta tal punto y hora. ¿Qué mérito tenía, después de todo, la conducta de Adam? ¿No es natural que el hombre sea valiente y generoso? ¡Pero el capitán...! Tadeo parecía serlo más que el conde, ó cuando menos poseer una superioridad indiscutible. ¡Qué funestas fueron las ideas que cruzaron por su mente observando de nuevo el contraste que ofrecían la exuberante y hermosa constitución de Tadeo y la naturaleza enfermiza de Adam, que indicaba la degeneración inevitable de las familias aristocráticas, tan insensatas siempre, que procuran aliarse consanguíneamente! Ciertó es que sólo se enteró el diablo de semejantes pensamientos, pues la joven continuó con los ojos soñadores, pero errabundos, sin hablar palabra hasta que llegaron al palacio.

—Come usted con nosotros, y sino cárame enfadada por todo el tiempo en que se me ha desobedecido—exclamó al entrar.—Es usted para mí, Tadeo, lo que para mi marido. Sé todo lo que debe á su hidalguía, pero sé también todo lo que debemos nosotros á la de usted. Por dos impulsos de generosidad muy naturales es usted generoso siempre, en todo momento.

Y aceptando la mano que él tendía para ayudarla á bajar del coche, agregó:

—Comerán también con nosotros mi padre, mi tío Ronquerolles y mi tía la de Sérizy. Vaya usted á vestirse.

Tadeo corrió á prepararse, con el corazón á la vez henchido de alegría y presa de agitación horrible. No bajó hasta el instante oportuno, y quiso volver á las andadas desempeñando durante la comida su papel

de militar, bueno sólo para cumplir las funciones propias del intendente. Pero esta vez no dejó Clementina que la engañara Paz, cuyas miradas habían iluminado su entendimiento. Ronquerolles, el embajador más hábil después del príncipe de Talleyrand y que sirvió también á de Marsay durante su corto ministerio, quedó enterado por su sobrina de lo que valía el conde Paz, que con tanta modestia se limitaba á pasar por mayordomo de su amigo Mitgislas.

—¿Y cómo es esta la primera ocasión en que encuentro al conde Paz?—inquirió el marqués de Ronquerolles.

—Toma, porque es socarrón si los hay y amigo de andar con tapujos—respondió Clementina dirigiendo una mirada á Paz como para indicarle que debía cambiar su manera de ser.

¡Ay! es preciso confesarlo aun á trueque de que parezca el capitán menos interesante: aunque superior á su amigo Adam, no era hombre que tuviera fuerzas para resistir. Debía la superioridad, sólo aparente, al infortunio. En sus días de miseria y de abandono, estando en Varsovia, leía, se instruía, comparaba y meditaba; pero no poseía el don de crear que enaltece al hombre, y no poseyéndolo de natura, ¿hay quien lo pueda adquirir, por esfuerzos que haga jamás? Grande era su corazón y rayaba entonces en lo sublime; pero en la esfera de los sentimientos, más práctico que intelectual, guardaba sus ideas para sí. El pensamiento no le servía más que para morderle en el corazón, y ¿qué es ó qué vale un pensamiento no expresado? Al oír lo dicho por Clementina, cruzaron una mirada de inteligencia el marqués de Ronquerolles y su hermana, refiriéndose á los tres personajes de la casa. Fué la escena rapidísima, una de las escenas mudas que sólo se producen en Italia ó en París. En estos dos lugares del mundo, y quedan exceptuadas las demás cortes ¡tienen un lenguaje tan expresivo y dicen tanto los ojos! Para imprimir á la mirada todo el poder misterioso del espíritu, dándole la fuerza del discurso, y reunir en un chispazo todo un poema ó un drama entero, es preciso padecer bajo un yugo excesivo, ó vivir en excesiva libertad. No pararon mien-

tes Adam, el marqués de Rouvre y la condesa en aquella observación luminosa hecha por una coqueta encanecida y un consumado diplomático; pero Paz, el perro fiel, atinó con el espíritu de las profecías. No fué, conste, más que cosa de dos segundos, y el que intentara describir qué aire de tormenta asoló el alma del capitán, tendría que ser demasiado difuso para los tiempos que corren.

—¿Cómo, reflexionó, ya creen tío y tía que puedo ser correspondido? Luego mi dicha sólo depende de mi audacia. ¡Y Adam ..!

El amor ideal y el deseo, tan poderosos como la gratitud y la amistad, sufrieron un choque formidable, y el amor venció, subyugándole, por un momento. El pobre amante quiso tener su cuarto de hora, y Paz, despierto, ingenioso, trató de complacer, refiriendo á grandes rasgos la insurrección polonesa, con motivo de una pregunta que acababa de dirigirle el diplomático.

A los postres, vió á Clementina pendiente de sus labios, tomándole por un héroe y olvidando que Adam había corrido, después de sacrificar el tercio de su fortuna, los azares del destierro. A las nueve, cuando ya se hubo tomado café, la señora de Sérizy besó á su sobrina, le estrechó la mano y reclamó imperiosamente que le acompañase el conde Adam, dejando á los marqueses de Rouvre y Ronquerolles, quienes salieron diez minutos más tarde. Paz y Clementina se quedaron solos.

—Voy á marcharme, señora—dijo Tadeo,—pues supongo que irá usted á unirse con ellos en la Opera.

—No, el baile no me gusta, y la pantomima que se representa hoy, *La Revolución en el Serrallo*, es detestable.

Pausa.

—Dos años atrás no habría salido Adam sin mí—observó ella sin fijar la mirada en Paz.

—La ama á usted con locura...

—Pues por lo mismo que me ama con tales extremos, es posible que no me ame el día de mañana.

—Las parisienses son un enigma. Cuando se las

ama con locura quieren ser queridas *razonablemente*, y si se las adora *razonablemente* nos echan en cara que no sabemos querer.

—Y lo bueno es que tienen siempre razón, Tadeo—añadió sonriente Clementina.—Conozco á Adam, y me le censuro por ello; es veleidoso y más que otra cosa gran señor; se le verá siempre contento de tenerme por mujer y no contrariará nunca ninguno de mis caprichos; pero...

—¿En qué matrimonio no habrá un *pero*, Dios mío! —dijo con dulzura Tadeo, tratando de imprimir otro giro á los pensamientos de la condesa.

El hombre menos atrevido hubiera abrigado la idea más á propósito para enloquecer al enamorado capitán, quien se dijo: «Si no le declaro mi amor es que soy un imbécil.» Reinaba entre los dos uno de esos silencios terribles en que se siente la pesadumbre del pensamiento. La condesa miraba disimuladamente á Paz y éste á su vez la veía por el espejo. Arrellanándose en la poltrona, como hombre ahito que se prepara á la digestión, cruzó las manos sobre el vientre; adoptó una actitud de marido ó de viejo indiferente, haciendo pasar de una manera rápida y maquinal el pulgar de una mano sobre el pulgar de la otra y entreteniéndose en contemplar el fuego con atención estúpida.

—Pero, hábleme usted bien de Adam—exclamó Clementina.—Dígame que no es hombre frívolo, usted que lo conoce.

La exclamación fué sublime.

—Ha llegado, pues, el momento de levantar barreras inexpugnables entre nosotros—pensó el pobre polaco, ideando una heroica mentira.—¿Bien...?—respondió en voz alta—le amo demasiado, y usted no querría creermelo. Soy incapaz asimismo de hablar mal de él, y así... mi papel, señora, es muy difícil de cumplir entre ustedes dos.

Bajó Clementina la cabeza y se puso á mirar las puntas de los zapatos charolados de Paz.

—Ustedes, la gente del Norte, no son más que valerosos porque poseen la fuerza física; pero carecen de constancia en sus decisiones.

—¿Qué va usted á hacerse sola, señora?—dijo Paz recobrando un aire de ingenuidad incorregible.

—¿Luego no quiere usted acompañarme?

—Permítame usted que la deje...

—¿Y por qué razón? ¿dónde va usted ahora?

—Voy al Circo, es día de inauguración en los Campos Elíseos y no puedo faltar.

—Habrá un motivo—añadió Clementina interrogándole con una mirada poco menos que colérica.

—¿Es necesario que descorra el velo de mi corazón y que descubra lo que oculto á mi querido Adam, quien cree que yo sólo amo á nuestra Polonia?

—¿Cómo! ¿un secreto en la existencia de nuestro noble capitán?

—Una infamia, que usted comprenderá facilitándome los consuelos que necesito.

—¿Usted infame?...

—Sí; yo, conde Paz, estoy locamente enamorado de una muchacha que ha recorrido la Francia con la familia Bouthor, gentes que poseen un circo como el de Franconi, pero que sólo van de feria en feria. He logrado que la contrate el director del Circo Olímpico.

—¿Es hermosa?

—Para mí—respondió melancólicamente.—Málaga, tal es su nombre de guerra, parece fuerte, ágil, dócil. ¿Por qué la prefiero á todas las mujeres del mundo? En verdad, no sabría decirlo. Cuando la veo, con sus cabellos negros sujetos por una cinta de satén azul, flotando sobre sus espaldas desnudas, vestida con una túnica blanca bordada de hilillos de oro y una faja con encajes de seda que la convierten en viva estatua griega, los pies calzados con chapines de raso deshilachado, pasando, con banderolas en las manos y á los sonos de una música militar, á través de aros cuyo papel desgarran su cabeza en el aire; cuando el caballo sale al galope, y ella, saltando, cae graciosamente sobre su silla, aplaudida, sin esa pesadilla de la claqué, por todo el pueblo... ¡si viera usted qué agitación la mía, cómo se conmueve mi alma!

—¿Más que la de una mujer hermosa en el baile?—preguntó la dama haciendo un provocativo gesto de sorpresa.

—Sí—respondió Paz con voz ahogada.—Aquella agilidad admirable, aquel garbo que no descomponen nunca el peligro continuo, tengo para mí que constituyen el triunfo más hermoso de una mujer... Sí, señora; la Cinti y la Malibrán, la Grisi y la Taglioni, la Pasta y la Essler, todas las que reinan ó han reinado sobre las tablas, no me parecen dignas de descalzar á Málaga, que sabe bajar del caballo y subir al punto, sin que el animal interrumpa su galope vertiginoso; que se desliza por debajo de su vientre hacia la izquierda para saltar por la derecha; que revolotea como fuego fatuo alrededor del bruto más fogoso; que puede sostenerse gravitando sobre la punta de un pie y caer sentada con los pies colgando sobre la crin de su cabalgadura, siempre al trote, y que, en una palabra, de pie sobre el corcel sin brida, hace calceta, estrella huevos ó fríe una tortilla, llenando de profunda admiración al pueblo, al verdadero pueblo, los aldeanos y los soldados. En otro tiempo, cuando iba haciendo títeres por esos mundos, la deliciosa palomita sostenía sillas sobre la punta de la nariz, la nariz griega más linda que haya podido verse. Málaga, señora, es la destreza en persona. Posee una fuerza hercúlea y no necesita valerse más que de su puño monísimo ó de su pie pequeño para librarse de tres ó cuatro hombres. Es, en fin, la diosa de la gimnasia.

—Debe ser estúpida...

—¡Oh! divertida como la heroína de *Peveril du Pic*. Indiferente como una bohemia, dice todo lo que se le ocurre, y le preocupa tanto lo porvenir como pueden preocuparle á usted los cuartos que echa á un pobre. Cuando habla, suelta disparates sublimes. Jamás se le probará que un diplomático experimentado valga lo que un joven hermoso, y ya podrían dársele millones para hacerla cambiar de opinión. Cuando se enamora, su cariño se convierte en halago perpetuo. Su salud es insultante; componen su dentadura treinta y dos perlas de un color delicioso, engastadas en coral. Sus *morros*, así llama ella á la parte inferior de su cara, tienen, según la expresión de Shakspeare, el verdor y el gusto de un hocico de ternera. Y esto es causa de crueles pesadumbres. Le gustan los hombres hermo-

sos, fuertes, Adolfos, Augustos, Alejandros, titiriteros y payasos. Su maestro, un Casandro horrible, la molía á palos, y ha sido necesario darle miles y miles de golpes para que adquiriese tanta habilidad, tanta gracia y tanta intrepidez.

—Está usted ebrio... de Málaga.

—No se llama Málaga sino en los carteles—observó Paz con aire ofendido.—Vive en la calle de San Lázaro, en una habitación reducida del tercero, rodeada de terciopelo y seda, y puede decirse que vive como una princesa allí. Tiene dos maneras de ser: su vida del hampa y su vida de mujer galante.

—¿Y le ama á usted?

—Me ama... va usted á reirse... únicamente porque soy polaco. No ve en nosotros más que á los poloneses que figuran en el dibujo de Poniatowski saltando el Elster, pues para Francia entera el Elster, en cuyas aguas no puede ahogarse nadie, es un río de rápida corriente que se ha tragado á Poniatowski... A pesar de todo cuanto digo, señora, es tal mi desventura...

Conmovióse Clementina notando que asomaba á los ojos de Tadeo una lágrima rebelde, rabiosa.

—¡Oh, cómo aman los hombres lo extraordinario, lo excepcional!

—Y usted ¿qué es sino eso?

—Conozco tan bien á Adam, que estoy segura de su olvido si tropezase con una artista de circo parecida á su Málaga. Pero ¿dónde la conoció usted?

—En Saint-Cloud, durante la fiesta mayor, que es en septiembre. Se hallaba en uno de los ángulos del entoldado donde se establecen las paradas de la feria. Sus compañeras, vestidas á lo polaco, ofrecían un horrible batiburrillo. Me fijé en que estaba silenciosa, sombría, y me pareció que la tristeza y la melancolía se habían apoderado de su espíritu. ¿Acaso no le sobraban motivos, á sus veinte años? Ahí tiene usted todo lo que me atrajo á la joven.

La condesa se hallaba en actitud deliciosísima, pensativa, casi triste.

—¡Pobre, pobre Tadeo!—exclamó.

Después, con la ingenuidad propia de la gran señora, añadió sonriendo graciosamente: